

de estudio y reflexión. ¿Es una apología de César Vallejo? ¿Un pre-texto para explicar otros temas? Escribe Larrea en el prólogo: «De otro lado, y puesto que aquí se parte del significado de un poeta oriundo de esos cerros andinos en cuyos labios agónicos quedó resonando la súplica, *España aparta de mí este cáliz*, en principio no cabe sorprenderse de que sus obras den pie para que se examinen algunos de los temas cardinales de nuestros países y de nuestra época» (p. 8).

Juan Larrea documenta la dedicación y defensa de César Vallejo con los siguientes hechos: en agosto de 1959 se celebra un simposium sobre «César Vallejo: su vida, su obra, su significado». En sus sesiones intervinieron profesores y alumnos de universidades argentinas. Las ponencias y debates se recogieron en el 2º volumen de la revista *Aula Vallejo*⁹, fundada entonces.

En agosto de 1965 se creó el Centro de Documentación e Investigación César Vallejo dedicado al estudio de cuanto se relaciona con el poeta peruano. Las funciones del Centro de Documentación son las siguientes: reúne y selecciona noticias sobre César Vallejo. Recoge toda la información, engrosando sus ficheros y archivos. Redacta, verso a verso, un diccionario del vocabulario poético de Vallejo. Prosigue la publicación de la revista y otras labores auxiliares.

En julio de 1967 el Centro de Documentación organizó un segundo Ciclo de Conferencias Internacionales sobre «El Humanismo de César Vallejo». El poeta era considerado una figura polémica por lo dramático de su existencia. Las circunstancias que rodearon su fallecimiento. Las pasiones que enciende en sus lectores. Estas consideraciones invitan a valorar al poeta desde diversos ángulos. Al estudio de distintas líneas interpretativas de sus poemas. A estimar la falta de unanimidad en la interpretación de sus textos.

La revista *Aula Vallejo*, se convirtió desde el primer número en «auténtico órgano de discusión en diversas direcciones». El 2.º de los volúmenes, donde se recogieron las Actas del primer simposium, contenía los gérmenes de algunas disposiciones polémicas que con el tiempo fueron creciendo en discrepancias. El volumen siguiente, números 5, 6, 7, se dedica a desvirtuar algunas afirmaciones, lo mismo literarias que de otro género. El grueso volumen (números 8, 9, 10) publica conjuntamente las Actas y debates de las Conferencias Internacionales de 1967. También incluye un extenso apéndice, escrito por Larrea y titulado: «Respuesta diferida sobre César Vallejo y el surrealismo».

Larrea intentaba evitar que prosperasen algunas afirmaciones del Dr. Coyné, no sólo discutibles, dedicadas más que a estudiar la calidad y proyección de la obra vallejianna, a hacer apología del surrealismo francés y de su personaje capital, André Breton, sugiriendo la prioridad y superior importancia del movimiento galo sobre la actitud humanista de Vallejo. También se proponía corregir notorias y a veces considerables faltas de información y reexaminar la validez de algunas perspectivas sobre el significado de nuestro mundo español e hispanoamericano, puesto en entredicho.

Pues bien, este documento, es el que reproduce el libro *César Vallejo y el surrealismo*; texto que debido a la demora de las prensas universitarias en la publicación de

⁹ La revista *Aula Vallejo* ha tenido 13 números encuadernados en gruesos volúmenes.

las Actas y la «Respuesta diferida», se dijo a conocer, previamente, en un ensayo más corto, en la revista de la *Universidad de Córdoba*, con el título «César Vallejo frente a André Breton»¹⁰. Larrea advierte que el lector del volumen *César Vallejo y el surrealismo*, no dispone ni de este último ensayo, ni de las actas de la conferencia donde figura la intervención de André Coyné.¹¹

En *César Vallejo y el surrealismo*, Juan Larrea llega a las siguientes conclusiones: «En suma, el esquema de mi convencimiento actual es idéntico al que exponía ya a Vallejo en nuestras conversaciones de 1923-33». Amistad, mutuo conocimiento, afinidades electivas que se manifiestan en sus palabras: «Nuestros denominadores comunes: poesía de absoluto desafío vital y mental, la sierra del Perú, donde había nacido mi hija con calificaciones muy especiales; España, donde mientras tanto, él había presenciado el nacimiento de la República, las antigüedades de su pueblo aborigen; más nuestra amistad tan infrecuente por el tono de honda e ilimitada confianza fraterna y los vínculos de *Favorables* y la publicación de *Trilce* en Madrid» (pp. 142-143). He aquí, en enumeración caótica, como la misma vida, una confesión de biografías compartidas, el resumen de dos poetas complementarios en inquietudes y obras. Sin embargo, las vidas de César Vallejo y Juan Larrea, si paralelas un tiempo, hasta la muerte de Vallejo, no fueron idénticas. (El verdadero paralelismo sería la identidad. Dos trayectorias paralelas, idénticas, son la misma trayectoria). Larrea comprendía que, a pesar de la identificación vital y comunión estética, Vallejo era único y distinto. Larrea hace el siguiente examen de conciencia: «Como consecuencia, varias veces intenté descubrir en el desarrollo del destino de César alguna manifestación del mismo orden translógico que había modulado mis actividades y transcendido a dosis progresivas mi conciencia de la realidad a partir sobre todo del Perú» (p. 143). Larrea confiesa el fracaso de estas tentativas. Vallejo era un hombre trágico que asumía su poesía como vida y su estética como revolución, poesía con revulsivo para cambiar la realidad. Hombre marcado por el nacimiento y por la vida. Rebelde interior, vital y agónico. Hombre señalado (amargado) por decir la verdad del pueblo, por romper las cadenas de oro de la poesía pura. El amigo, es primero amigo, y nunca descubrimos en él a la persona extraordinaria, al héroe, al genio, porque son desmesuras que impiden el conocimiento verdadero. La ausencia, la muerte devuelve la figura mítica del amigo, ahora, tan desproporcionada, tan desconocida. Esta impresión debió sentir Larrea cuando escribió: «Los indicios de su significación trascendental sólo empezarían a traslucirse en función de las circunstancias, a raíz de su fallecimiento y de la lectura de *España, aparta de mí este cáliz* y de otros poemas póstumos». (p. 143)

¿Cuál es la imagen real de un poeta? ¿El hombre que fue en vida o la figura mítica que se recrea tras su muerte? El hombre y la poesía están íntimamente unidos en el poeta, como sujeto y objeto comunicantes. Sin embargo, con el tiempo, el hombre es olvidado en la historia biográfica, en la anécdota, y permanece la obra.

Juan Larrea en su deseo de esclarecimiento, de exaltación también, considera a César

¹⁰ Véase *Revista de la Universidad de Córdoba*, julio-octubre de 1967, pp. 797-858.

¹¹ De interesarle al lector, debe procurarse el volumen que contiene los números 8-9-10 de las *Revista Iberoamericana de la Universidad de Pittsburg* donde posteriormente se publicó.

Vallejo como un poeta mítico, proteico. Vallejo no es un fingidor, ni un minucioso orfebre de sus versos que ajeno y solo vive en su torre de marfil. Es más que un poeta revolucionario, recreando su vivir trágico, desdoblado en escritura: vida y poesía, son carne y alma, amasadas. «La figura de César Vallejo corresponde, sin duda, a un concepto distinto al que el común sentir designa con el vocablo poeta. No es un cantor sino un instrumento de la poesía viva.» (p. 143) Larrea resume: «César Vallejo se expresa por medio de las palabras, y su persona es la encarnación vivida de su poesía». Vallejo es pues, un poeta actualísimo y anacrónico. Vigente por su obra, inagotable, siempre nueva en interpretaciones, actualizada en nuevas lecturas. Anticuado por vivir su poesía hasta la tragedia personal, en una época en que el poeta ya no es un mediador entre los hombres y los dioses, sino un personaje mediocre y hasta vulgar, un fingidor, que vive otras existencias complementarias. En un tiempo en que triunfa la apariiencia sobre la verdad, la conveniencia sobre la conciencia, la sinceridad brutal de Vallejo parece energuménica, tan exagerada. Vallejo es un autor de primera escritura, a flor de alma, directo, sincero. En la moda, falsamente culturizante, profesional, triunfa la segunda escritura del ornato y la conveniencia, las buenas formas del escritor de salón, falso, enmascarado y brillante.

Del surrealismo al Machu-Picchu

*Del surrealismo al Machu-Picchu*¹² es un libro de exégesis literaria, pero también una defensa implícita de César Vallejo. Larrea divide el libro en tres partes: 1.^a El ensayo «El surrealismo entre el viejo y el nuevo mundo». 2.^a «Carta a un escritor chileno» (Raúl Silva Castro) y la 3.^a «Machu-Pichu, piedra de toque», ensayo poético dedicado al conocimiento de la mítica ciudad. Los tres trabajos tienen por denominador común a Pablo Neruda quien en su conferencia *Viaje al corazón de Quevedo*, publicada en 1947 sostiene: «De los genios poéticos nacidos en nuestra tierra virginal dos son franceses y dos son afrancesados». Se refiere a Laforgue, Lautreamont, Darío y Herrera y Reisig. Larrea arremete contra Neruda y defiende a Vallejo y a Huidobro: «Lo probable, por tanto es que si Neruda ha sacado a relucir estos cuatro poetas geniales franceses o afrancesados, eliminando a los poetas claves, como Vallejo, Huidobro, etc., así como a todos los anteriores, es para definirse implícitamente a sí mismo como el único poeta genial verdaderamente americano» (p. 10).

¿Qué es el surrealismo? ¿Un «ismo» más, una moda literaria? ¿Surrealismo o sobre-realismo? ¿Lo que subyace por debajo de la realidad, la infrarrealidad o lo que está sobre ella? ¿Patología o ilusión? Destrucción de la lógica, creación de una nueva realidad del subconsciente, revolución. Se renegaba de las normas exteriores, pero aparecían los demonios interiores... Larrea defiende al movimiento y lo sitúa fuera de posibles desviaciones: «El surrealismo nunca ha pretendido ser, ni en lo fundamental ha sido una moda literaria destinada a adornar el ocio complacido del lector», sino la expresión del deseo pronunciado en Occidente de «*practicar* la poesía integrando la persona dentro del fenómeno poético; de adentrarse por los vericuetos del ser en busca de un

¹² Juan Larrea, *Del surrealismo al Machu-Picchu*, Editorial Joaquín Mortiz, México D.F., 1967.